

Una actitud mariana

Homilía de P. Thierry de Roucy

Misa de envío, Noyon, 14 de septiembre del 2002- De un Punto Corazón al otro... Nº 40

UNA FIESTA DE LA MISERICORDIA

Entre los acontecimientos importantes de este verano, hay uno particularmente destacado, que quizás no ha tenido la audiencia que merece: la consagración del mundo por el Papa Juan Pablo II a la misericordia divina. Esta consagración del mundo tuvo lugar en estos términos el 17 de agosto pasado luego de la dedicación al santuario de la Divina misericordia de Lagiewniki en Cracovia:

*« Dios, Padre misericordioso,
que has revelado tu amor
por medio de tu Hijo Jesucristo,
y que lo has derramado sobre nosotros
por medio del Espíritu Santo Consolador,
te confiamos hoy
el destino del mundo
y de cada hombre.
Inclínate sobre nuestros pecados,
sánanos de nuestra debilidad,
vence todo mal,
haz que todos los habitantes de la tierra
hagan la experiencia
de tu misericordia
para que en Ti, Dios Uno y Trino
encuentren siempre la fuente de la esperanza.
¡Padre eterno,
por la dolorosa Pasión
y la Resurrección de tu Hijo
otórganos tu misericordia,
así como al mundo entero! Amén »*

« ¡Haz que todos los habitantes de la tierra hagan la experiencia de tu misericordia! »

Hacer la experiencia de la misericordia: ¿no es esto quizás, lo que sin realmente estar conscientes, hacemos de una manera penetrante esta mañana? Y hacer la experiencia de la misericordia, es hacer la experiencia del secreto de Dios. Es hacer la experiencia de “*aquello que define nuestro Destino*” es hacer la experiencia “*de un positivismo que vence la presunción y la desesperanza*”, es hacer la experiencia de una vida diferente a la cual Dios ha devuelto todo su sentido. En pocas palabras, es hacer la experiencia que permite a nuestra humanidad truncada desplegar todas sus virtualidades más ocultas, y sus aspiraciones más profundas.

Justamente, yo me pregunto:

- ¿Por qué estoy yo aquí, quién les habla, dichoso fundador de esta pequeña Obra de compasión, y porqué están ustedes aquí para escucharme?

- ¿Por qué ustedes, Amigos de los niños, van a ser enviados al otro lado del mundo y ustedes, los miembros de su familia o sus amigos, van a quedarse en Francia?
- ¿Por qué algunos tienen aparentemente como misión consolar y otros ser consolados?

Yo creo poder dar una respuesta única a cada una de estas preguntas: por misericordia. No hay otra explicación, efectivamente, a este don extraordinario de la gracia de la cual todos somos beneficiarios, a nuestra vocación única, a nuestra misión actual, que esta realidad que nos fascina más que cualquier otra, que esta realidad de la cual está suspendida nuestra vida: la misericordia. Cualquier otra respuesta no es más que parcial, limitada, anecdótica. En suma, la misericordia explica todo, incluida la sed de misericordia que habita en cada uno de nosotros, como un grito ardiente.

Es una misericordia ser enviados...

¿Qué han hecho ustedes, queridos Amigos de los niños, para estar aquí esta mañana delante del altar de esta espléndida catedral? ¿Pasaron algunos exámenes en particular? ¿Tienen competencias únicas? ¿Están dotados de un genio extraordinario? ¿Crecieron en una familia que los llevaría necesariamente a este destino? Quizás, pero todo esto es insuficiente para explicar su presencia *hic et nunc*. Yo conozco una respuesta más fundamental: Él los miró y los amó. ¿Por qué? ¿Porque ustedes eran diferentes? ¿Porque Él se sintió atraído por la excepcionalidad de sus virtudes? ¡No! Simplemente porque Él es misericordia.

Él los amó primero y antes que nadie. Él los conoce como ningún otro y sabe que lo que corresponde mejor a la sed de sus corazones: es el darse sin contar, es buscarlo noche y día, es descubrir en el rostro de sus vecinos el sentido mismo de su existencia. Darse es una reivindicación de toda persona habitada por el Espíritu. Una reivindicación que algunas veces, aborta, que a veces se queda en un deseo piadoso. En ustedes, esta reivindicación va a poder tomar forma, concretizarse en el compromiso, que en un instante van a hacer por un año o dos. ¡Un año o dos solamente para amar! ¡Un año o dos únicamente para consolar! ¡Un año o dos durante los cuáles su única preocupación será el otro: Cristo o el pobre! Y esta posibilidad que se les ofrece es una inmensa misericordia. Jesús los asocia a Su misión. Los gestos de ternura que Él ofreció en las calles de Galilea ya no serán más los gestos de un relato maravilloso que llamamos Evangelio. Son aquellos que ustedes van a ofrecer. Ustedes van a escribir el Evangelio en su *squatter* de Manila, o en su barrio de Santa Fe. ¡El Evangelio de Jesucristo! La cruz que llevó sobre sus hombros, a la cual fue clavado, ya no será solamente una palabra que abunda en los libros de piedad. Será para ustedes una realidad que tiene un nombre: aquella del pequeño miópata que murió en sus brazos, o la de esta mamá de Kazajstán que su marido acaba de echar a la calle en una temperatura de 20 grados bajo cero, una realidad que tiene la forma de sus hombros o del de sus cercanos. El cristianismo ya no será más una abstracción, una ideología. Será la misericordia de un Dios que permanece con nosotros hasta el final de los tiempos, que lava los pies de los pobres, que seca las lágrimas de aquellos que lloran, que es visible, audible, tangible, en su Iglesia.

Es una verdadera misericordia tener la oportunidad de darse de esta manera, pero es también una verdadera misericordia para aquél que comienza a darse el descubrir los límites de su ofrenda, la fragilidad de su generosidad. ¡Y esto ustedes lo experimentarán desde la primera tarde! Habrían querido saludar mejor a las personas que les esperaban en su Punto Corazón, escuchar más atentamente a sus compañeros que comienzan a contarles sus aventuras, pero su capacidad de escucha se reduce a algunos gestos de aprobación en forma de bostezos, les hubiera gustado lavar los platos por primera vez para que sus compañeros pudieran reposarse un poco pero ustedes no sueñan con otra cosa que ir a descansar. Desde el principio descubren que un nuevo aspecto -y no el más pequeño- de la misericordia de la cual ustedes son beneficiarios consiste en aprender a mendigar, es decir en vivir continuamente de esta dependencia filial de Aquél que es fuente de todo don.

Es una misericordia para aquellos que sufren...

Si para ustedes, esta experiencia es el signo de la ternura de Dios para con ustedes, es también para todos aquellos que van a encontrar un nuevo comienzo, una inmensa felicidad. En todo sufrimiento que nos alcanza, lo peor es siempre la impresión de soledad, el sentimiento de vacío, la tentación de inutilidad. Intentamos algunas veces alejar esas ideas haciéndonos sabios razonamientos, persuadiéndonos de lo poco fundamentado de nuestros tormentos, intentando practicar una gimnasia cerebral la cual, de hecho, somos incapaces de llevar a cabo en tales momentos, ¡pero en vano! Una sola cosa puede expulsar de nosotros toda idea de rebeldía, puede darnos la paz, puede ayudarnos a admitir la fecundidad de nuestra prueba, es la presencia de un amigo o quizás para decirlo mejor, ¡es el amor que se torna presente, que se hace carne, y que nos habla, y nos mira y nos sonríe!

La presencia es el método de Dios. Es la expresión de Su misericordia. Y cuando sufrimos, cuando dudamos, cuando gritamos, Dios intensifica su método: Él se acerca más. Él toca, y permite que lo toquemos: *“¡Pon tus dedos en mí costado!”*

Es impresionante ver hasta qué punto las visitas que hacen nuestros voluntarios son sentidas como tales por sus amigos. Los del Punto Corazón de Salvador da Bahía habían tomado la costumbre de saludar en el mercado a un vendedor de verduras que a su vez los saludaba con aprecio. Un día, el hombre no estaba más ahí. Nuestros amigos supieron por los vecinos que estaba enfermo en el hospital, pero no sabían en cuál. Después de muchas búsquedas, nuestros amigos encontraron a su vendedor. Él está ahí en su cama de hospital, sufriendo, está solo. El hombre no cree lo que ve: *“Extrañábamos saludarte en el mercado, así que vinimos a saludarte al hospital”*, le dijeron los Amigos de los niños. El hombre está como mudo de sorpresa, y se pone a llorar lentamente. Nuestros amigos pensaban hacerle a este hombre una simple visita. Le devolvieron la dignidad. Para él es una visitación, un vuelco, es una conversión. Su corazón está conmocionado, se estremece de alegría, se vuelve una alabanza, comprende que es el amor porque lo ha encontrado cara a cara. Nuestros amigos, en su simplicidad, están impresionados por el efecto que produce su visita. Dios les ha escondido los frutos. Quizás que pronto nuestro vendedor de mangos y de mandioca pedirá un sacerdote para confesarse... Ya no tiene miedo: la misericordia ya vino a él, se ha anticipado a su llamado, ha tomado un rostro...

“¡Esto que ustedes hacen nadie lo ha hecho jamás!” decía recientemente una mamá en las calles de Buenos Aires a los miembros del Punto Corazón... *“ni siquiera mi padre, ni mi madre. Ninguna persona ha estado tan presente a mi lado como ustedes lo han estado...”* Su obra no se parece a ninguna otra... Encontrarlos es una sorpresa, deja en nosotros el sabor del cielo. Encontrarlos nos habla de Dios, nos da la seguridad de que somos amados porque no hay nada que temer.

De hecho, la verdadera misericordia es siempre una sorpresa, sobrepasa las expectativas, aún las más locas. Es una sorpresa para aquellos que son beneficiarios, sorpresa para aquellos que son los instrumentos. Acabo de recibir hace algunos días la primera carta de un Amigo de los niños que me decía, todo maravillado: *“¡Creo haber aprendido mucho más en tres semanas en Punto Corazón que durante toda mi vida!”*

¡Misericordia de poder contribuir con esta obra!

Y además, cualquiera sea la manera en la que participemos en la Obra -como familiar de los Amigos de los niños, como padrino o madrina, como miembro de la Asociación Civil, como cercano...- todos somos conducidos, por pura misericordia, a una vida de dimensiones más vastas. Aunque

creyéramos tal vez dar mucho, es más lo que recibimos. La generosidad de Dios nos sobrepasa siempre. Nos sobrepasa inclusive más cuando damos mucho más.

La Obra, en virtud de su carisma, nos coloca al pie de la Cruz, con María y Juan. Esta situación en la cual nos encontramos, da a nuestra vida, así como a todo acontecimiento del cual somos testigos, un sentido, una profundidad, una densidad inusitada. Así, por ejemplo, la tragedia del 11 de septiembre no es más un hecho funesto del otro lado del Atlántico, sino quizás una fuente de conversión, un llamado a interceder por la humanidad, una ocasión extraordinaria de compasión.

Todo carisma es una luz. El carisma de Punto Corazón lo es particularmente porque la luz que nos ofrece es aquella del don supremo de Jesús, de su extrema compasión por los pecadores, del ofrecimiento de la Inmaculada, como Madre, a toda la humanidad para engendrar en Ella a su Hijo único... No podemos estar en el Gólgota y no experimentar la dilatación de nuestro corazón, de nuestra mirada, de nuestra inteligencia. ¡Y eso es misericordia! Acompañando uno a Bangkok, a otro a Almaty o a Dakar, las fronteras del Hexágono¹ súbitamente se abren. Estamos invitados a ver más allá de toda frontera, a amar más, a volvernos más seriamente católicos, a portar, como una cruz, un pequeño pedazo del mundo. El destino del joven hindú al que cura mi hijo, o mi ahijado, va a alcanzar el mío. A partir de ese momento la India no será solamente la patria de los intocables o de los Maharajaes, tiene un rostro -el de Sajeev, de Jessy, de Kumar-, tiene nombres, está conformada por personas por quién Jesús ha dado su vida y por quienes, quizás, yo me sienta llamado a dar la mía. El mundo entra en mi casa -o más precisamente- yo entro en la casa del mundo, con un corazón de compasión, con un deseo intenso de presencia a cada uno porque quizás Clotilde, que parte hoy, o Benito u otro me ha abierto la puerta de una manera decisiva. Y en respuesta a esta situación nueva, yo no puedo más que buscar ser más, dar más, interceder con una fe renovada. En fin, ser verdaderamente humano. Es para mi vida un nuevo comienzo que se parece extrañamente a lo que será el comienzo definitivo. He aquí, que desde ahora, yo estoy siendo arrastrado a la misión del Hijo, estoy siendo invitado a formar parte del pequeño resto con ojos de compasión que Dios ha establecido para dar su sonrisa a la humanidad dolorosa.

La primera que benefició de la Misericordia de Jesús hasta ser inmaculada, la primera en ser arrastrada en el movimiento de la compasión del Hijo, en comprometerse sin reserva en la obra Punto Corazón, como verdadera fundadora, es María, madre del único Amigo de los niños. Consciente como nadie del don que recibió; ella no sabe decir más que: "*¡Magnificat!*" ¡Su vida se volvió como un eterno gracias! Al don que Dios nos hace al confiarnos el carisma de la obra, al don de su infinita misericordia, podríamos nosotros a manera de respuesta, solamente decir: ¡gracias, un gracias que, a cada instante, se encarna, en don efectivo de nuestras vidas! *¡Magnificat!*



¹ NdT: Se refiere a Francia.